

NIPPUR de LAGASH

(Por ROBIN WOOD)

EL HOMBRE NECESARIO PARA LARSA



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

6418

Entré en la ciudad de Larsa por la puerta que todos llaman Puerta del Garfio, ya que allí son colgados los delincuentes ejecutados en el día. Es una puerta oliente siempre a carne muerta y donde vive una perpetua bandada de buitres.

Aquel día eran tres los cuerpos...

(Vaya... La justicia de Larsa es activa.)



(Y además hay algo que me sorprende. Esos muertos no parecen gente de baja condición. Sus ropas son finas...)



(Y uno es una mujer...)



Dime, viejo, ¿qué ha pasado aquí? ¿Quiénes son esos muertos?



Nada sé, extranjero. Nada he visto. Nada he...

Tengo un pellejo lleno de vino. ¿Querías un poco?

¡Los dioses te bendigan! ¿Qué quieres saber?



Nada más que lo dicho. ¿Quiénes son los muertos?



Miembros de la familia del muerto patési de Larsa. Su última sangre, excepto el joven Gugalanna, que aún vive prisionero en un ziggurat.

Sigo igual que antes en mi ignorancia.

Verás. En Larsa era patési, era rey, el viejo Tal-Es-Mar, que lo fue por muchos tiempos. Nos dirigió en todas nuestras guerras y siempre fue bastante tolerante con los impuestos.



Tuvo hijos y nietos y también un sobrino llamado Enki, hijo de una hermana que se casó y murió en tierra de los hititas. De ellos aprendió Enki el uso de las armas y de allá trajo amigos.

Cuando el viejo Tal-Es-Mar comprendió que la hora del largo sueño llegaba reunió a los importantes del pueblo en un consejo y dejó como heredero a su nieto Gugalanna, joven de mente limpia y cuyo nombre fue recibido con beneplácito.



Pero el viejo cometió un error. Dio el dominio de la guardia a Enki, quien la llenó de hititas afectos a él, la moldeó a su gusto y la tuvo alerta como un perro de caza esperando su oportunidad.



Esta llegó con la muerte de Tal-Es-Mar. El viejo murió de viejo durante una comida pero Enki bramó que había sido envenenado y lanzó a sus hombres sobre la ciudad.



Casi toda la gente del patesi fue encerrada y esta mañana fueron decapitados y colgados. Son esos que ves allí.

¿Y el joven Gugalanna?

No se han atrevido a tocarlo pero ya verás cómo de un momento a otro nos llega la noticia de su suicidio. Ya verás.

Hablas mucho, viejo.

Y tú preguntas mucho, forastero.

Se nos habían acercado despacio, con sigilo de mal agüero. No eran sumerios. Sus curvas narices, sus cogotes de toro, sus bocas crueles y sus polainas de cuero revelaban su origen. Hititas.

¿Por qué quieres saber tanto, forastero?

No me gustan los hititas. No me gusta su pesado orgullo de espadas y escudos.

El preguntar mucho lleva a la sabiduría, hitita.

O a la muerte.

A veces no hay que apresurarse, hitita. No todos son ovejas en los campos. Alguna vez puedes hallar al lobo entre ellas.

Le di la espalda con un alarde estúpido y echándome el pellejo de vino al hombro comencé a alejarme hacia el interior de la ciudad...

Pero...

¡Cuidado, forastero!

Giré sobre mis talones y golpeé con el pellejo de vino la cara del hitita. Vi su espada brillar...

¡Ahhh!

SOGK
KUGH!



Pagarás con tu vida esto, vagabundo.

SHARACK



Muéstrame cómo lo harás. Los buitres se han hartado de picotear los cadáveres de los que han pronunciado tus palabras. Ven. Acércate.



Avanzaron sobre mí cautelosos y amenazantes. Desenvainé los cuchillos que llevaba en mis polainas y los esperé, encorvado. Vi al viejo arrastrarse buscando el pellejo de vino.



Y entonces atacaron...



¡Ahhhh!



¡Quieto!



¡Ahhhhh!



Mataste a Lekharion... Perro...



¡Socorro! ¡Aquí, la guardia!



Vaya. Creo que debe tener las piernas más fuertes de todo el país de Hatti.



Ven conmigo, forastero. Antes de pocos momentos esto hervirá de guardias y no vale la pena que los esperemos. El vino no es suficiente para todos.



Sígueme...



¿Adónde me llevas? No puedo ni ver mis manos.

No protestes. Si los hititas te capturaran no te dejarían manos para ver ni ojos con qué hacerlo.



Entra aquí...



¿Y esto?



La mujer joven y hermosa que escuchaba a los hombres alzó la cabeza y pude ver sus espléndidos ojos verdes. El silencio que provocó mi entrada fue roto por su voz.

¿Quién eres?



Tal vez un hombre de Enki. Tal vez debamos...

Quietas las armas, Enamatum. Primero hablaremos.



El viejo entró tras de mí y rió al oírlo.

Haces bien en sujetar al buen Enamatum, señora, de lo contrario creo que tendríamos que recogerlo en tiras del suelo.



¿Qué quieres decir?

Este forastero debe haber crecido entre hombres de armas pues acaba de luchar contra dos hititas a uno de los cuales abrió de pies a cabeza como una oveja.



Lo traje aquí pues será buscado como una fiera en toda la ciudad. Y tú necesitas hombres que sepan pelear de verdad.

Echó un vistazo insolente al perfumado jovencito que respondía al nombre de Enamatum.



Hombres de verdad que peleen con puños y espadas y no con túnicas a la moda.



Un discreto zumbido de risas le hizo eco y el acicalado joven se sonrojó como una doncella. La mujer también sonrió y me hizo un gesto.

Acércate. Queremos conocerte.



Señora, mi nombre es Nippur y nací en la ciudad de Lagash, la de las blancas murallas y aparte de eso no tengo mucho más que contar.



Te burlas de nosotros, Nippur, si crees que no hemos oído hablar de ti. Y creo que tu presencia es providencial así como tu choque con los hititas. ¿Tú puedes ayudarnos?

¿Ayudar a qué? ¿Y cuál es tu nombre, señora?



Me llamo Lusasa, hermana de Gugalanna, de quien tal vez has oído hablar.

He oído, en efecto. ¿Y cuál es la ayuda que solicitas?



Queremos arrojar a los hititas de nuestra ciudad. Queremos terminar con la niebla de miedo que Enki nos ha traído.

Pero no estamos muy seguros de cómo hacerlo.



Y tus leyendas cuentan de tu astucia y tu valor.

¿Y si no los ayudo?



Te daremos un caballo, alimentos y un guía que te acompañe fuera de la ciudad y te ponga a salvo de los hititas, buscaremos solos la solución.



Mi señora Lusasa, ni todas las cadenas del mundo podrían sujetarme con más fuerza que tu generosidad. Me quedo.



El viejo eructó sonoramente mientras comenzaba a destapar el pellejo de vino.

Esto merece un trago... claro que como vosotros estáis ocupados con importantes asuntos asumiré yo solo esa responsabilidad.

Estuve oculto en el sótano dos días hasta que en el sigilo de una noche fui trasladado a...



Esta es mi casa, Nippur. Aquí quedarás hasta que todo concluya.

Como tú digas.

Hace mucho que vagas por los caminos, ¿no es así, Nippur?



Muchos años, sí. Desde que Lagash fue ocupada por Luggal-Zaggizi.



¿Y qué se hizo de tu amigo, el gigante de Elam? Ur-El creo que se llamaba.

Se casó con la reina de la tierra de Merem, cerca del mar, y quedó allí. Era un hombre magnífico que necesitaba vivir para algo y a quien los caminos se-
caban el alma.



¿Y tú, Nippur? ¿No has pensado nunca en dejar los caminos? ¿En buscar una mujer y casarte?

¿Hmmm?



Era una pregunta tan impertinente y al mismo tiempo tan delicada que me llené la boca de carne mientras trataba de encontrar alguna respuesta justa. Y en ese momento...

¿Qué son esos gritos?



El joven Enamatum entró como un torbellino en la sala con su elegante túnica en desorden y su rostro joven y delicado, purpúreo de cólera.

¡Lo que sospechaba! ¡El aventurero en tu casa! ¡Contigo!

Las mujeres son raras. A pesar de su gesto de fastidio, Lusasa me dio la impresión de estar encantada con la escena. Yo, por mi parte, aún tenía la boca llena y no podía ni hablar.



No eres quién para pedirme cuentas de mis actos, Enamatum.

El joven estaba furioso y la espada que sacó era digna de respeto.

¡Tal vez a ti no pero a él sí! ¡Lo voy a partir en dos pedazos!



Conseguí tragar todo lo que tenía en la boca y me dirigí al joven con una sonrisa...

Escucha, muchacho...



¡Para qué lo habré hecho! Me tiró una lluvia de espadazos que me hicieron saltar como un mono para salvar mi cabeza. Lusasa lanzó chillidos de emoción.



¡Espera, maldito seas!

Era lo mismo que gritarle a una piedra. Estaba entusiasmado con la idea de cortarme en trozos y se dedicó a la tarea con todas sus fuerzas.



¡Espera, imbécil!

Comprendí que el razonamiento no tenía lugar en ese baile de locos y...



¡Basta!



¡Ahhh!



¡Fue emocionante!
¡Nunca vi a dos hom-
bres pelearse por
mí!

Ni lo volverás a
ver si de mí de-
pende.



Y ahora haz que alguien se
lo lleve a su casa antes de
que se despierte otra vez y
vuelva a comenzar.

Mis sirvientes lo lleva-
rán.



Y tú podrías...

Yo voy a revisar los pla-
nos de la ciudad. Puedes
hacerme mandar la comi-
da al cuarto que me des-
tines.



Pero... ¡Nippur!



(¡Ufff! No me molesta pelear
contra los hititas pero tiemblo
de pies a cabeza ante la idea
de meterme en líos de enamo-
rados.)



(Veamos... Aquí está el
ziggurat donde tienen
encerrado a Gugalanna... y
allí también tienen el depó-
sito de armas y los almace-
nes de aceite... Y allí vive
Enki con sus hititas. Es el
corazón de su poder...)



(Me gustaría echarle un
vistazo...)



(La calle parece desierta.
Iré hasta allá y veré lo
que...)



¡Lo tenemos! ¡Es nuestro!

Salieron de todas
partes. Vi la luz
quebrarse en sus
adornos. Manos
pesadas llovieron
sobre mí...



Le rompí los dientes de una patada para que no creyera que todo era tan fácil...

¡Ahhh!



Pero eran muchos y fuertes como toros y me molieron a golpes hasta que perdí el conocimiento.



Cuando recobré los sentidos me encontré en una gran sala de piedra rodeada de hombres armados y a mi lado vi a...

¿Tú?
Sí. Entraron a mi casa rompiendo las puertas y me trajeron aquí. Estoy llena de moretones.



Alguien nos traicionó...

Pero... ¿Quién...?



Nos miramos en silencio y la vi palidecer...

No... No puedo creerlo... Enamatum es honesto...

¿Quién, entonces, sino él?



Un par de sandalias retumbaron frente a mí y alcé la cabeza. Me imaginé que aquel corpulento joven de cara astuta era Enki.

¿Así que tú eres el que mató a uno de mis hombres?

Solamente tuve el mismo deseo que él con mayor habilidad.



Tienes una boca fácil. ¿Quién eres?

¿No te lo ha dicho el delator? ¿El que me traicionó?



Se rió sonoramente y sentí que se sentía muy satisfecho de sí mismo.

¿Delator? Nadie te ha delatado, hombre. Desde que supe que había alguien que mató a uno de mis oficiales, coloqué espías alrededor de todos aquellos que sé que conspiran contra mí. Y así vi cuando en la noche fuiste a casa de Lusasa.



¿Y ahora?

Necesitaba un motivo para eliminar a los últimos enemigos que me quedaban. Tú me has dado la oportunidad. Incluso Gugalanna caerá y ya nada nublará mi poder. Seré la voz y el corazón de Larsa.



En ese momento una voz alegre chilló desde la puerta.

¡Enki! ¡Amigo querido! ¿Cómo estás?



¿Tú por aquí, Enamatum? Me sorprendes.

¡Bah! Olvidemos los viejos rencores, querido amigo. Lo he meditado un poco y creo que mi conducta ha sido un poco infantil contigo...



Bueno... me alegro que pienses así...

Mira, te he traído un regalo incluso. Un ánfora de...



Pero...



Lo que siguió fue veloz. Oí aceite antes de comprender muy bien lo que ocurría. Un líquido negro y hediente se derramó por el suelo. Vi a Enamatum arrebatar una antorcha de la pared y aullar...

¡Este es mi presente, asesino!



El aceite estalló y las llamas volaron hasta el techo. Oí gritos y burbujes. Empujé a Lusa-sa.

¡Huye de aquí! ¡Corre!



¡Toma, Nippur!

¡Gracias! ¡Retrocede también hacia la puerta! ¡Rápido!



La confusión era espantosa y el aceite estallaba lanzando chispas y gotas ardientes más terribles que lanzas. Negros como demonios, con las ropas quemadas, retrocedimos protegiendo a Lusa-sa.



¡No escaparán!



Déjame, Nippur. Es mío.

Es tuyo, Enamatum.



¿Así que te atreves a medirme conmigo, alfeñique perfumado?

No hace falta oler a cerdo para ser hombre.



¡Pues ahora olerás a sangre!



Las espadas estallaron como truenos, entrecho-
cando. Enki estaba loco de rabia pero en los bra-
zos de Enamatum debían haber tendones de ace-
ro...



Por ello cuando se detuvo para darse un respi-
ro sus ojos ha-
bían perdido la
luz de desprecio
y estaban inse-
guros y alertas.

Eres duro. No lo
creí...



¡Ahora verás lo du-
ro que soy!



El ataque de Enamatum fue ter-
rible y sus golpes hicieron
tambalearse a Enki, hiriéndolo
por todas partes...

En el exterior hallé un gran
revuelo y muchos cadáveres
alrededor del zigurat que
ardía como una antorcha.
Enamatum me explicó todo,
satisfecho.

Cuando supe que os habían
capturado decidí actuar.
Mientras yo iba a tratar de
liberaros, varios de nues-
tros compañeros asaltaron
el depósito de armas y el de
aceite. Repartieron las ar-
mas e incendiaron el ziggu-
rat cuando vieron el fuego
que yo provoqué.



... lo acorraló contra el fuego
que vomitaba calor y olor a
carne quemada y...

¡No! ¡No! ¡Espera...! ¡Podemos
compartir...!



¡Ahhh!



Nada tienes para compartir
como no sea tu fuego y tu
muerte vil, Enki.



Los guardias que vinieron fueron
todos emboscados y no fue difícil
eliminarlos estando todos disper-
sos. También liberaron a Gugalanna
y a los otros prisioneros.



Enamatum, sólo te diré que tu gente estaba
equivocada al creer que necesitaban alguien
de afuera. Contigo bastaba.

Gracias, Nippur. Conservaré tu elogio como la
joya más valiosa.



¡Enamatum! ¡Estoy sorprendida por tu conducta! ¡Por tu culpa me he arruinado mi mejor vestido y tengo el cabello lleno de quemaduras!

Pero...



-Yo lo hice para...

¡No quiero oír más tu nombre!
¡Jamás...!



¡Oh, Nippur! ¿Qué haré? Nada de lo que hago le parece bien. Hace ya cinco años que vivo para ella y mira cómo me trata...

Este... escúchame, Enamatum.



Yo soy un poco más viejo que tú y me gustaría darte un consejo. ¿Quieres que ella cambie su conducta contigo?

¡Claro que quiero!



Recogí un grueso palo del suelo y se lo di. Miró el palo y me miró a mí...

¿Tú crees...?

Te sorprenderá ver los resultados.



Volví a mirar el palo y lo sopesé. Luego miró calculadoramente hacia Lususa que se alejaba. Y entonces gruñó.

¡Ya lo creo! ¡Es una buena idea!



¿Quieres?

Gracias. Eres oportuno.



¡Ah! ¡Excelente!

¡Dame un poco!



¿Cómo va eso?

Pues... creo que Lususa va a tardar mucho tiempo en sentarse. Enamatum sabe poner entusiasmo en lo que hace...



Ah... ¡Hic!

FIN